

PAGINA LIBRE

POR ENRIQUE NOQUERA

Panfleto moralizador que aparece cuando es necesario. Se hace crítica sana y elevada. No se aceptan consejos ni desafíos

AÑO I

MONTEVIDEO 1° DE MAYO DE 1919

Núm. 1

SOCIALISMO Y MAXIMALISMO

Resurgimiento del problema colectivo — La rebelión de Europa desligada de América Latina

Frescos aún los recuerdos de una hecatombe bárbara, donde se jugó la olimpiada de la muerte a expensas de prejuicios de razas, de celos incontenidos y de ambiciones absurdas; no pasado todavía el gesto de estupor a que se vio obligada la humanidad conciente, ante el derrumbe del derecho y la profanación de leyes inviolables, surge en tanto, acaso como consecuencia lógica de un estado de cosas imposibles, la masa revolucionaria de los pueblos oprimidos y cansados, locos y hambrientos, para jugar el todo por el todo, en aras de un ideal legítimo, que busca la paz del alma en holocausto a la vida.

El antiguo pleito de clases, tiene en la actualidad todos los caracteres de una formidable pesadilla.

La tan pregonizada revolución social se ha hecho factible, enajenándose en los moldes de gobiernos anormales y arbitrarios, formados de la nada, como vampiros fortoristas que surgieron de entre las sombras de una noche densa y nebulosa.

La cerviz avasallada del obrero se elevó con gesto altivo, harta ya de ocultar el embrión de sus justos ideales; la bizzarra soldadesca, otrora mansa y obediente como tranquilo rebaño, puso el servicio de sus armas patrióticas a favor de la causa común de los humildes, y el pacto se realizó. La tormenta estalló con bramidos de fiera liberada, y el fulgor del rayo, la ira del trueno y el azote del viento, formaron de improviso el templo de una nueva y salvaje trinidad.

La importancia y transcendencia de este difícil problema que se le ha planteado al Universo, con sobrada razón hubo de repercutir en nuestra América.

La misma juventud de nuestras repúblicas ha dado al asunto toda la idealidad posible. Los gérmenes del movimiento europeo, han hallado siempre fácil procreación en nuestras tierras, cuya savia vigorizante y nutritiva hace florecer milagrosamente las semillas echadas en el surco.

Y de aquí deriva, con lógica razón, una nueva faz del libre pensamiento Americano.

La doctrina socialista, arraigada y definida, simpática como ninguna y natural como el sol, ha sabido iluminar a fuego el alma de las multitudes de nuestro continente, para formar una interminable legión de abanderados, que hacen ondular con vehemencia, en la dianfanidad del cielo colombiano, la tela venerada de sus gloriosas insignias.

Pero he aquí, como de súbito las legiones socialistas se extravían. Hermanas en dolor y en ansiedades de las grandes legiones europeas, se hacen partícipes de la rebelión airada que cunde allende el océano, y por instinto y afinidad, irreflexivamente, no solo se brinda una adhesión precipitada, sino que hasta cierto punto se intenta la realización de aquel ejemplo extranjero. Y eso es un grave error. Ac-

titud equivocada que podría resultar de fatales consecuencias.

Claro está que la causa madre de esa determinada inclinación espontánea, depende en gran parte del contingente cosmopolita, que ha llegado a estos centros productivos, trayendo inoculado en sus músculos el virus corrosivo de una herencia de opresiones, mantenida al travez de los siglos a fuerza de lancetazos humillantes.

Pero en nuestra América Latina no tiene motivo de existir el credo «maximalista». Nuestros pueblos ocupados en cuestiones de índole social, si no consiguen todo lo que anhelan, por de pronto disfrutan de los méritos que han logrado, sobre todo en leyes de carácter inminentemente democrático, a cuyo amparo el trabajo es tolerable, y la obligación no humilla.

Por otro lado la misma normalidad política que mantiene su exquisito tacto para librarse de trastornos internacionales e intervenciones guerreras, da cierta estabilidad siempre muy grata, a la vida nacional, en cuyo consorcio el obrero de talento y acción se abre camino propicio, y el acandilado burgués concluye por declararse individualmente socialista.

Nadie puede negar esta gran verdad de nuestro ambiente, como nadie podrá decir nada en desfavor de la generalidad de procederes de los gobiernos de estos pueblos nuevos, salvo excepciones desagradables próximas a desaparecer, como por ejemplo el abuso de que son víctimas los yerberos paraguayos, los mineros brasileños y los agricultores chilenos y argentinos, como así mismo los de nuestro interior y litoral, que se desvelan por las riquezas de nuestras fértiles capías, en pago de un miserable trozo de tasajo y un jornal vergonzoso.

Quiere decir esto, que el socialismo debe continuar triunfante, hasta poder realizar su grande obra regeneradora; y quiere decir también, que los preceptos del credo «maximalista» son completamente ajenos a nuestro modo de ser y de vivir.

El «maximalismo» se ha manifestado en las naciones donde fuerosamente debía manifestarse.

Se ha manifestado en Rusia, la nación mártir y agobiada por el despótico dominio de una oligarquía tendenciosa y humillante.

Se desparrramó por Alemania, donde la tiranía de un imperio nefasto ensangraba deshechosamente la dignidad democrática.

Se internó en Austria Hungría, donde la justicia era un mito y el derecho una fábula, escondidas ambas virtudes entre los pliegues del dovel de un trono.

Y ese mismo furor de «maxima» pretensión popular, cundirá por Italia, por Inglaterra y España y otros reinos, porque siendo pueblos fuertes y encumbrados, se negarán a resistir la falsa dianfanidad de las viejas co-

ronas de sus reyes, ya de suyo relegadas al recuerdo de la historia, como símbolos excentricos de una equivocación del Pasado.

La vida feliz de las colectividades, depende del acierto de sus fuerzas directrices, llevadas a la dignidad de un rango autoritario, por la voluntariosa falange que ha de ser gobernada.

Pero los pueblos que viven humillados a la fantandulesca prepotencia de imperios seculares y rancias monarquías, forzosamente deben irrumpir, frenéticos y audaces, para conquistar en favor de sus derechos, la igualdad que se les niega y el respeto que merecen.

Los intrépidos latinos del habla latina, dieron el ejemplo; marcaron el rumbo; señalaron la huella propiciatoria por donde deben seguir hacia el destierro las azules noblezas, derrocando el poder del emperador don Pedro para orgullo de América, y estrujando la dinastía del rey don Manuel, para ejemplo de Europa.

La pauta del triunfo estriba en la decisión. No quiero decir con esto que apruebe o desaprovebe la actitud asumida por los famosos «soviets», puesto que para tratar tan intrincado asunto, fuera necesario ir por partes, detenidamente, y en capítulo especial.

Lo único que pretendo con el presente artículo, es señalar la diferencia que existe entre el socialismo, lógico para América, y el «maximalismo», exclusivo para Europa.

El socialismo nos pertenece a los latino-americanos, desde luego que faltan aun leyes necesarias para el mayor bienestar del obrero y de la clase media. Nos es preciso el socialismo, porque es él la escuela ciudadana donde se educan los humildes; donde se reconocen los fuertes; donde se templan los débiles; donde se robustecen las conciencias y donde el pensamiento se ilumina.

Y hago estas afirmaciones de manera categórica, con la salvedad importantísima de que yo no soy afiliado al partido socialista, sino tan sólo un ferviente admirador de sus cláusulas buenas, apreciadas de común acuerdo con mi ecleticismo individual.

Habiendo declarado, pues, las causas por las cuales nos pertenece el socialismo a los Americanos, conviene agregar que el «maximalismo» les pertenece a los europeos, porque es él la nueva doctrina evolutiva de los valores morales de la democracia; porque de su confusión atrabiliaria, péxima y detestable para la edad presente, surge al menos el gesto simpático de los principios naturales que pertenecen al hombre; porque después de normalizada la lucha, cuando se hagan estables los gobiernos republicanos, en naciones que fueron dominio de personales infulas y de bochornosos caprichos divinizados, se ha de hacer buena política, sobre todo de paz, por el sólo hecho del temor que

se tendrá a los pueblos gobernados. Alguien preguntará por qué ha estallado el «maximalismo» en naciones como Alemania, donde el partido socialista había hecho progresos colosales. Precisamente por eso; por haber llegado a un límite el perfeccionamiento de la masa socialista, en conseguir no obstante la libertad de independizarse de la tutela imperial. Ese motivo enorme, unido al estrago de una guerra prolongada y terrible, ha sido la causa lógica de aquel insustentado movimiento de subversión.

La misma Francia y Portugal, también, no podrán evitar el intento formidable del avance del «maximalismo», por causa de la proximidad con los centros revolucionarios, y por motivo de esa especie de locura que experimentan los pueblos después de las grandes catástrofes guerreras, cuando al pasar balance sobre el resultado neto, que proporcionó el esfuerzo, sobrepone coléricamente el despecho que les causa la ruina personal ante la desolación de sus hogares, ciegos y ensordecidos al prudente llamado de templanza.

Pero ni en nuestra América ni en la del Norte, arraigará la peligrosa raíz del «maximalismo» transoceánico.

Tampoco en la América del Norte, porque la intervención guerrera de sus pueblos, aunque ha sido eficaz y activa, por la brevedad del plazo en que le tocó terciar, y por la misma grandeza y potencialidad económica de sus recursos propios, no llegó a experimentar el vértigo del peligro ni el deslenteo de la fatalidad.

Los pueblos de la América Latina tienen, en continente propio, una Pampa extensa y solitaria, a donde acuden los hombres laboriosos para sembrar la semilla del trabajo, en bien del progreso Universal.

En cambio la nación europea que engendró al «maximalismo», tiene anexada una Siberia de infinita desolación, a donde envía como reses de frigorífico, la estructura humana de todos los ciudadanos que cometieron el delito de reclamar con altivez la libertad de sus derechos.

El peso de estas razones sirve para confirmar la diferencia grande que existe entre ambas latitudes.

Y al recuerdo de las maravillosas teorías filosóficas de los grandes sociólogos modernos, al eco de los himnos que levanta el proletario, cuando el rojo pendón pasa triunfante, como significando que necesita sangre para conservar su tinte; al rumor de los aplausos que la multitud tributa, cuando el tribuno enfático culmina sus arengas con la violencia enardecida de una cálida metáfora, entonces se levanta como colosal estatua de grandeza, el sublime ideal de las conciencias oprimidas y esclavas, delirantes y mudas, como una enorme montaña que interrogando al espacio se eleva en el medio de un desierto.